

TEMA 2 [C]

DOS ETAPAS SEPARADAS POR UN PARÉNTESIS

Adolfo Chércoles Medina

A. Visión de Freud:

[C] - Dos etapas separadas por un paréntesis:

[a] – Infantil, polimórficamente perversa (autoerotismo) que culmina en el complejo de Edipo, llamado a superarse: formación del Super-ego.[12]

Pero sigamos aportando las peculiaridades de nuestra sexualidad según Freud preguntándonos si seguimos constatándolas y, de no constatarlas en nuestra época, a qué se debe y si dicho cambio es un logro o estamos más perdidos que antes.

Complejo de Edipo.

Creo que es obligado empezar por la aportación más conocida de **Freud**, junto con el **inconsciente**: el **complejo de Edipo**. Pero lo mejor es que él mismo nos describa los datos que le llevaron a esta original conexión con el drama griego. En su obra **Psicoanálisis** (1909) describe así su observación: *Según me ha demostrado la observación directa de los niños confirmada por la investigación analítica de los adultos, la relación del niño con sus padres no está en ningún modo exenta de elementos de excitación sexual. El niño toma a sus dos progenitores, y especialmente a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos, con lo cual no hace generalmente más que obedecer a un estímulo iniciado por sus mismos padres, cuya ternura posee los más claros caracteres de una actividad sexual, si bien desviada en sus fines. El padre prefiere en general a la hija, y la madre al hijo, y el niño reacciona a ello con el deseo, si es varón, de hallarse en el supuesto de su padre, o en el de su madre si es hembra.*¹ Y años más tarde en **Introducción al Psicoanálisis**. (1915-1917) vuelve a preguntarse lo mismo: *¿Qué es lo que del complejo de Edipo puede revelarnos la observación directa del niño en la época de la elección de objeto anterior al período de latencia? Vemos fácilmente que el pequeño hombrecito quiere tener a la madre para sí solo, que la presencia del padre le contraría, que se enfurruña cuando él mismo da a la madre muestras de ternura y que no esconde su satisfacción cuando su progenitor se halla ausente o parte de viaje. A veces, llega incluso a expresar de viva voz sus sentimientos y promete a la madre casarse con ella. Me diréis, quizá, que todo esto resulta insignificante comparado con las hazañas de Edipo; pero, a mi juicio, se trata de hechos totalmente equivalentes, aunque sólo en germen.*²

1 **Psicoanálisis**. (1909) p 1558

2 **Introducción al Psicoanálisis**. (1915-1917) p 2330

Son datos que todos podemos observar y que él matiza con precisión: *cuya ternura posee los más claros caracteres de una actividad sexual, si bien desviada en sus fines*. En efecto, los cuidados que el niño requiere exigen una intimidad y casi exclusividad total. El problema es que ese comienzo no es prolongable y está llamado a superarse. En efecto, en **La disolución del complejo de Edipo** (1924) describe así dicha disolución: *El complejo de Edipo va designándose cada vez más claramente como el fenómeno central del temprano período sexual infantil. Luego ocurre la disolución. Sucumbe a la represión y es seguido del período de latencia. Pero no hemos visto aún claramente cuáles son las causas que provocan su fin*. Después de aludir a posibles decepciones, concluye: *... el complejo de Edipo tiene que desaparecer porque llega el momento de su disolución, como los dientes de leche se caen cuando comienzan a formarse los definitivos, Aunque el complejo de Edipo es vivido también individualmente por la mayoría de los seres humanos, es, sin embargo, un fenómeno determinado por la herencia, y habrá de desaparecer conforme a una trayectoria predeterminada, al iniciarse la fase siguiente del desarrollo. Resultará, pues, indiferente cuáles sean los motivos ocasionales de desaparición e incluso que no podamos hallarlos*.

... Al lado de la hipótesis filogénica más amplia queda espacio suficiente para la ontogénica...3

Pero esta desaparición tiene lugar en lo que él denomina “**Periodo de latencia**”, en el que se van a producir transformaciones notables de unos sentimientos que no tenían aparentemente futuro. [11-12]

[b] – Periodo de latencia: formación de diques para la sexualidad: vergüenza, repugnancia y moral.[13-16] [28-29]

Periodo de latencia: diques sexuales.

Hacia los cinco años se produce dicho periodo: *La actividad sexual del niño... después de un corto período de florecimiento, que se extiende desde el segundo al quinto año, entra en el llamado período de latencia. En el mismo no cesa de ningún modo la producción de la excitación sexual, sino que ésta sufre únicamente una detención, produciendo un acopio de energía, utilizado, en su mayor parte, para fines distintos de los sexuales; esto es, por un lado, para la cesión de componentes sexuales destinados a formar sentimientos sociales, y por otro, mediante la represión y la formación de reacciones, para la construcción de los posteriores diques sexuales. Así, pues, los poderes destinados a conservar en un determinado camino el instinto sexual son construidos en la infancia a costa de impulsos, en su mayor parte perversos, y con el auxilio de la educación.4*

En efecto, dichos ‘diques’ van a ser decisivos para la inserción del niño en la sociedad y posibilitar su maduración. Más aún, lo sorprendente es que de instintos ‘perversos’, sin posibilidad de llevarse a cabo, van a surgir estructuras básicas de la persona en el futuro. Pero dejemos que el propio **Freud** nos lo describa en **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905): *Formación reactiva y sublimación.- ¿Con qué elementos se constituyen estos diques tan importantes para la cultura y la normalidad ulteriores del individuo? Probablemente a costa de los mismos impulsos sexuales infantiles, que no han dejado de afluir durante este*

3 **La disolución del complejo de Edipo.** (1924) p 2748

4 **Tres ensayos para una teoría sexual.** (1905) pp 1230-1

período de latencia, pero cuya energía es desviada en todo o en parte de la utilización sexual y orientada hacia otros fines... -proceso al que se da el nombre de sublimación-, proporciona poderosos elementos para todas las funciones culturales. Por nuestra parte añadiremos que tal proceso interviene igualmente en el desarrollo individual y que sus orígenes se remontan al período de latencia sexual infantil.

*También sobre el mecanismo de esta sublimación puede formularse una hipótesis. Los impulsos sexuales de estos años infantiles serían inaprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial del período de latencia. Pero, además, tales impulsos habrían de ser perversos de por sí, partiendo de zonas erógenas e implicando tendencias que, dada la orientación del desarrollo del individuo, sólo podrían provocar sensaciones displacientes. Harán, pues, surgir fuerzas psíquicas contrarias que erigirán para la supresión de tales sensaciones displacientes los diques psíquicos ya citados (repugnancia, pudor, moral)*⁵

Pero quizás resulte más clara la descripción del mismo hecho que encontramos en **El erotismo y el carácter anal** (1908): *...el instinto sexual humano es algo muy complejo, que nace de las aportaciones de numerosos componentes e instintos parciales. Los estímulos periféricos de ciertas partes del cuerpo (los genitales, la boca, el ano, el extremo del conducto uretral), a las que damos el nombre de zonas erógenas, rinden aportaciones esenciales a la «excitación sexual». Pero no todas las magnitudes de excitación procedentes de estas zonas reciben el mismo destino, ni lo reciben tampoco igual en todos los períodos de la vida del individuo. En general, sólo una parte de ellas es aportada a la vida sexual. Otra parte es desviada de los fines sexuales y orientada hacia otros fines distintos, proceso al que damos el nombre de «sublimación». Hacia aquel período de la vida individual que designamos con el nombre de período de «latencia», o sea desde los cinco años a las primeras manifestaciones de la pubertad (hacia los once años), son creados en la vida anímica, a costa, precisamente, de estas excitaciones aportadas por las zonas erógenas, productos de reacción o, por decirlo así, anticuerpos, tales como el pudor, la repugnancia y la moral, que se oponen en calidad de diques a la ulterior actividad de los instintos sexuales.* (Nota 747)⁶

Estos tres diques van a abrirnos a la normalidad, más aún a la cultura, como ya en algún momento hemos insinuado. En efecto, ¿nos imaginamos una vivencia equilibrada de nuestra sexualidad sin estos tres ‘anticuerpos’ (pudor –no mojigatería-, repugnancia y moral)? Si esta constatación es válida, ¿estamos facilitando a nuestros niños este paso? ¿Es posible en muchos de ellos que se dé el ‘período de latencia’? Sobre todo si tenemos en cuenta una observación que encontramos en **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905) a propósito de la ‘madurez precoz’: *En todo caso, la temprana madurez sexual dificulta el dominio posterior del instinto sexual por las instancias psíquicas superiores y eleva el carácter obsesivo, inherente ya a las representaciones psíquicas del instinto.*⁷

Más aún, el propio **Freud** en **La ilustración sexual del niño** (1907) aborda este tema y sugiere que la explicación de las características puramente humanas de la vida sexual se inicie hacia los diez años, es decir, al final del período de latencia: *La explicación de las características puramente humanas de la vida sexual y de la significación social de esta*

5 **Tres ensayos para una teoría sexual.** (1905) p 1198

6 **El carácter y el erotismo anal.** (1908) p 1355

7 **Tres ensayos para una teoría sexual.** (1905) pp 1236

*última podrían darse entonces al término de la primera enseñanza; esto es, al cumplir el niño los diez años. Por último, el momento de la confirmación sería el más apropiado para explicar al niño, al corriente ya de lo somático, las obligaciones morales enlazadas al ejercicio del instinto. Tal ilustración gradual, no interrumpida en época alguna e iniciada en y por la misma escuela primaria, me parece ser la única adaptada al desarrollo del niño y evita así todo posible peligro.*⁸

Super-yo

Pero merece una especial mención en esta evolución de lo ‘inservible’ y ‘perverso’ a la normalidad, la descripción de una instancia clave en la maduración del sujeto: el super-yo. En un escrito tardío suyo, de 1925, **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica**, nos describe de una forma especialmente clara esta transformación: *El complejo de Edipo, sin embargo, es algo tan importante que no puede dejar de tener repercusión la forma en que en él se entra y se logra abandonarlo... el complejo no es simplemente reprimido en el varón, sino que se desintegra literalmente bajo el impacto de la amenaza de castración. Sus catexias libidinales son abandonadas, desexualizadas y, en parte, sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde constituyen el núcleo del super-yo, impartiendo sus cualidades características a esta nueva estructura. En el caso normal -más bien dicho, en el caso ideal- ya no subsiste entonces complejo de Edipo alguno, ni aun en el inconsciente: el super-yo se ha convertido en su heredero... cabe interpretar la catástrofe del complejo de Edipo -el abandono del incesto, la institución de la conciencia y de la moral- como una victoria de la generación, de la raza sobre el individuo.*⁹

¡El super-yo como heredero del complejo de Edipo! ¡Y el super-yo como el que posibilita nada menos que la ‘conciencia’ y la ‘moral’! (Volveremos sobre este proceso al preguntarnos si la sexualidad humana está llamada a adquirir una meta que podamos llamar normal). Pero no nos perdamos en nuestro razonamiento: todo este proceso, no exento de sorpresas inesperadas, aunque necesarias e imprescindibles, partió de una característica de nuestra sexualidad: la de ser ‘muy plástica’.

Esta plasticidad hace posible que nuestra sexualidad se trascienda, vaya más allá de sí misma, de tal forma que si no lo consigue no se la podría considerar ‘humana’. Veamos algunos datos que nos aclaren esta dimensión ‘trascendente’ (como es natural, no en el sentido de ‘sobrenatural’). Si a esta peculiaridad añadimos la de su carácter dinámico (no algo ya dado de antemano), nos lleva a la siguiente pregunta: ¿La sexualidad es algo que se ‘consume’ o algo que nos pone en juego y tiene que desarrollarse? ¿Es algo meramente pasivo de lo que debemos defendernos o simplemente aprovecharnos, o está llamada a dinamizarnos?

La sexualidad humana está llamada a trascenderse: lo perverso se abre a la normalidad.

Veamos cómo **Freud** describe la evolución ‘normal’ de una sexualidad que en un principio está abocada a ‘las perversiones’: *Ante la gran difusión de las tendencias perversas se nos impuso la hipótesis de que la disposición a las perversiones era norma primitiva y general del instinto sexual humano, partiendo de la cual se desarrollaba la conducta normal sexual a consecuencia de transformaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas, aparecidas*

⁸ **La ilustración sexual del niño** (1907) p 1248

⁹ **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica.** (1925) p 2902

*en el curso de la maduración. La disposición primitiva esperábamos poder hallarla en la infancia, y entre los poderes limitadores de la dirección del instinto sexual hicimos resaltar el pudor, la repugnancia, la compasión y las construcciones sociales de la moral y de la autoridad. De este modo, tuvimos que considerar en cada una de las aberraciones de la vida sexual normal algo de obstrucción del desarrollo y algo de infantilismo.*¹⁰ Es decir, parece ser que según él la sexualidad humana está llamada a alcanzar la ‘normalidad’, y de no conseguirlo hay que interpretarlo como una ‘obstrucción del desarrollo’ o un ‘infantilismo’.

Más más adelante hace la siguiente afirmación: *la disposición sexual general perversa de la infancia puede considerarse como la fuente de toda una serie de nuestras virtudes en cuanto da motivo a la creación de las mismas por la formación reactiva.*¹¹ Es la paradoja dialéctica del ser humano: sólo a través de negaciones avanza. El callejón sin salida de una sexualidad infantil “perversa” posibilita la apertura a niveles superiores que todos agradecemos y denominamos ‘virtudes’.

¿Es inherente a la sexualidad humana el privarnos de la satisfacción completa e impulsarnos a seguir otros caminos?

Pero sigamos recogiendo interrogantes que el mismo **Freud** se hace y que relativizan algunas de sus teorías. Ante la rémora que supone las ‘restricciones’ que la ‘cultura’ impone a la sexualidad, llevándole a afirmar *que la vida sexual del hombre civilizado ha sufrido un grave perjuicio y en ocasiones llega a parecernos una función que se halla en pleno proceso involutivo*, siendo esta idea el trasfondo de su libro **El malestar en la cultura**, en un momento en dicha obra se pregunta: *A veces creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos.*¹² Son los paradójicos interrogantes que este hombre honesto se hace a menudo, poniendo en entredicho sus mismas construcciones teóricas. La sospecha de que sea esencial en la ‘función sexual’ humana la imposibilidad de una satisfacción completa será algo que de vez en cuando le interpela, llegando a veces a formularse posibles explicaciones. [13-16]

[Super-yo y conciencia moral]

Pero son interesantes las preguntas que él mismo recoge (procedentes de la filosofía y la religión) a propósito de la formación del Super-yo, origen de la conciencia moral, en **Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis** (1932): *El filósofo Kant dijo, como sabéis, que nada le probaba tan convincentemente la grandeza de Dios como el firmamento estrellado y nuestra conciencia moral. Los astros son ciertamente magníficos; pero lo que hace a la conciencia moral, Dios ha llevado a cabo una labor desigual y negligente, pues una gran mayoría de los hombres no ha recibido sino muy poca; tan poca, que apenas puede decirse que posean alguna. No ignoramos la parte de verdad psicológica que entraña la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero es cierto que precisa de interpretación. Si la conciencia es algo dado en nosotros, no es, sin embargo, algo originalmente dado. Constituye así una antítesis de la vida sexual, dada realmente en nosotros desde el principio de la existencia y no ulteriormente agregada.* ¹³

10 **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905) p 1230

11 **Tres ensayos para una teoría sexual** (1905) p 1235

12 **El malestar en la cultura** (1929) p 3043

13 **Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis** (1932) p 3135

Es decir, el ‘Super-yo’, llamado a posibilitar la ‘conciencia moral’ consiste en la ‘antítesis de la vida sexual’, fenómeno que al parecer ha de producirse ‘al principio de nuestra existencia’. Cuando las condiciones del sujeto no han sido favorables a dicho proceso parece explicar que ‘una gran mayoría de los hombres posea tan poca’, porque si no, habría que ‘acusar’ a Dios de ‘haber llevado a cabo una labor desigual y negligente’.

De hecho, la idea repetida en más de una ocasión en el **NT** de que toda autoridad¹⁴ procede de Dios, que hoy consideramos en principio ‘no correcta’, a lo mejor habría que recuperarla reinterpretándola, pues posiblemente está más de acuerdo con la imagen de Dios que nos ha transmitido el cristianismo: Dios no supe al hombre sino que lo responsabiliza. La visión que en los dos primeros capítulos de la carta a los Romanos nos pinta Pablo, no es precisamente muy optimista, y esa ‘conciencia’ a la que alude en el capítulo segundo, no es algo tan inviolable e intocable, sino que puede ofuscarse, y en última instancia el hombre puede preferir las tinieblas a la luz ‘porque sus obras eran malas’¹⁵. El hombre, en última instancia es el responsable de su ‘conciencia’. La exigencia de Yahvé en el **AT** a que el fiel judío entregue la Torá a sus hijos¹⁶, parece poner muy en primer plano esta mediación a la que **Freud** alude como exclusiva. Sorpresas desagradables de ausencia de conciencia en algunos hechos que nos sobrecogen, parecen avalar esta necesaria ‘mediación’, querida por Dios. Es decir, se puede favorecer la formación de la conciencia, como se puede impedir: unos padres incapaces de poner límites a sus hijos, imposibilitarán que éstos tengan algo que ‘interiorizar’.

Y en este contexto es interesante el comentario que hace en **La ilustración sexual del niño** (1907). En este trabajo al que ya aludimos más arriba plantea el problema de cómo y cuándo informar al niño sobre la sexualidad. A propósito de la decisión del gobierno francés de sustituir el ‘catecismo por un tratado elemental de los derechos y deberes del ciudadano’, lamenta que en esta iniciativa no se dé la relevancia necesaria que en la formación de la conciencia tiene la sexualidad como su ‘único’ fundamento y a continuación hace la siguiente aclaración: *El sacerdote no admitirá jamás la igualdad esencial del hombre y el animal, pues no puede renunciar al alma inmortal, que le es precisa para fundar en ella la moral.*¹⁷ ¿No será al revés? Es decir, el que nos topemos en la experiencia con el fenómeno de la **conciencia** en el ser humano, sea cual sea su génesis, ¿nos deja encerrados en la pura animalidad? ¿No nos remite a niveles que desbordan el alcance del mero hecho constatable? ¿No ha afirmado antes que “la vida sexual” tiene una “significación social”? Más aún, una vez que el niño está “al corriente de lo somático” ¿por qué hay que explicarle “las obligaciones morales enlazadas al ejercicio del instinto”? ¿O hay que admitir que el animal tiene ‘obligaciones morales’ y posee ‘conciencia’?... Son preguntas que nadie podrá decir que son impertinentes.

Creo que con lo aportado hasta aquí queda claro que para **Freud** la sexualidad humana está llamada a trascenderse (aunque él no use este término) hasta posibilitar no sólo la cultura, sino las ‘obligaciones morales’ y la ‘conciencia’. Ante un abanico tan amplio de posibilidades que la evolución de la sexualidad humana tiene gracias a su plasticidad, podemos

¹⁴ Es decir, se puede favorecer la formación de la conciencia, como se puede impedir: unos padres incapaces de poner límites a sus hijos, imposibilitarán que éstos tengan algo que ‘interiorizar’.

¹⁵ **Jn 3, 19**

¹⁶ **Dt 11, 18-19**

¹⁷ **La ilustración sexual del niño** (1907) p 1248

preguntarnos de nuevo sobre si se puede hablar ‘normalidad’ en este desarrollo tan complejo. Usando sus mismas palabras, ¿cuándo se podría decir que la sexualidad humana ha conseguido un logro ‘suficiente’ y ‘psicológicamente correcto’? [27-29]

[c] – Adulta: paso del autoerotismo al **aloerotismo**: amor a un objeto y subordinación de todas las zonas erógenas a la primacía de los genitales, al servicio de la reproducción [18-19 y 26]

El autoerotismo primera manifestación de nuestra sexualidad y está llamado a superarse.

Es importante, pues, tomar conciencia que ambas dimensiones irrenunciables en la persona (la individual y la social) están relacionadas o, mejor dicho, son inseparables. Nuestro peculiar instinto sexual, llamado a recorrer un proceso nada fácil y cargado de vicisitudes, tiene unos comienzos totalmente desestructurados y está llamado a alcanzar una síntesis notable, aunque no asegurada. Este proceso ha de culminar en la sustitución del ‘**principio del placer**’ por el ‘**principio de realidad**’ que nos incorpora sin riesgos a la sociedad. Sigamos recogiendo observaciones que deja caer a lo largo de su obra, que a menudo le plantean más interrogantes que soluciones, pero que pueden abrirnos caminos inesperados. No olvidemos que mi aproximación a **Freud** se basa, casi en su totalidad, en estas alusiones marginales.

Por lo pronto, la necesidad de salir del autoerotismo aparece muy pronto en su obra. En **Orígenes del psicoanálisis** (1898-1902) lo formula con contundencia: *El más bajo de los estratos sexuales es el del autoerotismo, que renuncia a todo fin psicosexual y persigue sólo una satisfacción local. Este es reemplazado luego por el aloerotismo (homo y heteroerótico)*¹⁸. Es decir, la sexualidad encerrada en sí misma (el ‘autoerotismo’) parece excluir cualquier participación psíquica en cuanto tal, quedando atrapada la experiencia en lo somático. Es, por tanto, un paso obligado para que se pueda hablar de ‘organización’ en la sexualidad humana que en un comienzo consiste tan sólo en un conglomerado de tendencias autónomas e independientes.

En efecto, veamos cómo en **La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna** (1908), hablando de cómo el instinto sexual en la niñez pretende sin más *la consecución de placer no sólo en los órganos genitales, sino también en otros lugares del cuerpo*, porque *no tiene originariamente como fin la reproducción*, comenta lo siguiente: *Damos a esta fase el nombre de estadio de autoerotismo, y adscribimos a la educación la labor de limitarlo, pues la permanencia en él del instinto sexual le haría incoercible e inaprovechable ulteriormente. El desarrollo del instinto sexual pasa luego del autoerotismo al amor a un objeto, y de la autonomía de las zonas erógenas a la subordinación de las mismas, a la primacía de los genitales, puestos al servicio de la reproducción. En el curso de esta evolución, una parte de la excitación sexual, emanada del propio cuerpo, es inhibida como inaprovechable para la reproducción, y en el caso más favorable, conducida a la sublimación. Resulta así que mucha parte de las energías utilizables para la labor cultural tiene su origen en la represión de los elementos perversos de la excitación sexual.*¹⁹

¹⁸ **Orígenes del psicoanálisis** (1898-1902) p 3633

¹⁹ **La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna** (1908) p 1253

La cita tiene su importancia para nuestra búsqueda: esa fase de ‘autoerotismo’ por la que el niño ha de pasar está llamada a ‘trascenderse’, de lo contrario, “lo haría incoercible”, lo cual puede desembocar el día de mañana en situaciones penosas para el sujeto; pero además es que lo hace “inaprovechable ulteriormente”, no pudiendo ser “conducida a la sublimación” y traducirse en “energías utilizables para la labor cultural”. Es decir, la cultura sólo es posible en la medida en que parte de nuestra sexualidad se trasciende y no queda inutilizada en un autoerotismo (¡que ahora se sienten obligadas a fomentar algunas Administraciones públicas!) [18-19]

El amor supone la síntesis de todos los instintos

Pero ¿qué entiende por ‘amor’? En **Los instintos y sus destinos** (1915), nos da una primera aproximación: *Así, pues, la palabra «amar» se inscribe cada vez más en la esfera de la pura relación de placer del yo con el objeto y se fija, por último, a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos otros que satisfacen las necesidades de los instintos sexuales sublimados. La separación entre instintos del yo e instintos sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología demuestra así hallarse en armonía con el espíritu de nuestro idioma. El hecho de que no acostumbramos decir que un instinto sexual ama a su objeto y veamos el más adecuado empleo de la palabra «amar» en la relación del yo con un objeto sexual, nos enseña que su empleo en tal relación comienza únicamente con la síntesis de todos los instintos parciales de la sexualidad, bajo la primacía de los genitales y al servicio de la reproducción.*²⁰ [25-26]

De no darse, pues, esta síntesis, no puede hablarse de una sexualidad adulta. Volveremos sobre el tema importante de que es el ‘yo’ el que ama, no el instinto.

B. Experiencias-vivencias de estas etapas:

Si en esta segunda parte se trata de confrontar todo lo trabajado en la primera con experiencias vivenciales, quizá convenga en este momento hacerla, no con experiencias personales, sino con la realidad que nos ha tocado vivir: ¿qué experiencias nos posibilita la realidad actual (contexto social, mentalidad...)? La llamada posmodernidad ¿afecta al desarrollo de nuestra sexualidad? ¿Facilita su proceso, o puede retrasarlo? ¿Puede, incluso, imposibilitar su desarrollo? Si Freud, en su análisis del proceso de la sexualidad humana, observa que no la poseemos de una vez por todas, sino que hemos de vivir dos etapas contrapuestas, teniendo que superar la primera, aunque esta superación no está asegurada, a lo mejor alguien se pregunte: ¿por qué ha de ser superada? Si no estamos programados, ¿por qué hay que pasar por unas etapas que a lo mejor sólo estaban condicionadas históricamente? ¿Es viable ‘otra sexualidad’?

Recordemos la descripción de Freud: la etapa infantil se caracteriza por un dominio del ‘principio del placer’ que se concreta en un autoerotismo exacerbado. El niño es el centro (¡y tiene que serlo!). Pero esta perspectiva no tiene futuro y el ‘principio del placer’ no puede dar respuesta a una realidad que nunca coincide con nuestros ‘caprichos’, por lo cual ha de ser sustituido por el ‘principio de realidad’, con el cual podremos ir superando nuestro narcisismo

²⁰ **Los instintos y sus destinos** (1915) p 2050

y hedonismo y usar nuestra inteligencia que nos capacitará para hacernos cargo de la realidad. Pero este proceso no sólo no está programado, pero ni siquiera garantizado. Cualquiera de las etapas por las que debemos pasar pueden convertirse en ‘fijaciones’ o podemos volver a ellas (‘regresiones’).

Si en este primer ‘epígrafe’ se nos plantea la realidad de una fase (‘sexualidad infantil’) llamada a superarse, se me ha ocurrido acudir para esta confrontación a la lúcida descripción que **Pascal Bruckner** nos hace en su libro **La euforia perpetua**, sobre la manera de ‘afrontar’ la vida en un Primer Mundo en el que todo está resuelto (o al menos pretendemos que lo esté). Por lo pronto veamos cómo él ve el contexto en el que nos movemos:

- En cuanto al objetivo de la vida ya no es el deber sino el bienestar; nos tomamos el menor disgusto como una afrenta. Tanto en el siglo XVIII como en la actualidad, la persistencia del sufrimiento, inagotable lepra de la especie humana, sigue siendo la obscenidad absoluta. El cristianismo, con gran prudencia, nunca se propuso erradicar el mal sobre la tierra, una ambición demente que hicieron suya los pelagianos y que era signo de idolatría. Pascal calificó justamente de loca esa voluntad del hombre de buscar personalmente el remedio a sus miserias. Ahora bien, la Ilustración creía en la regeneración de la especie humana a través de los esfuerzos conjugados del saber, la industria y la razón. Esta creencia no responde a un optimismo desenfadado, sino a una mezcla bien dosificada de cálculo y de benevolencia: es posible acabar con casi todos los males que afligen a la especie humana. Es cuestión de tiempo y de paciencia. Pero el dolor, en su infatigable retorno, desmiente esta ilusión de una perfecta racionalización del mundo. Desde ahora le corresponde al hombre, privado de la ayuda de la Providencia, eliminarlo en la medida de sus posibilidades; una responsabilidad tan exaltante como abrumadora. Había cierta comodidad nacida del pecado original...

Y mientras unos intentan acabar con la desdicha en bloque, como los revolucionarios, o detalle por detalle, como los reformistas, nace la sospecha de que quizá semejante empresa sea ilusoria y de que la infelicidad siempre acompañará a la experiencia humana, como si fuera su sombra.²¹

Es decir, este intento descabellado de soñar con una felicidad al alcance de la mano y siempre disponible, crea unas expectativas al ‘principio del placer’ que no tenía tiempos atrás, porque la realidad lo estaba desmintiendo continuamente. Una cosa es luchar contra las limitaciones y errores, y otra hacerme creer que es un ‘derecho’ lo que en realidad tengo que buscar y alcanzar con mi ‘esfuerzo’, actitud que sólo se enmarca en el ‘principio de realidad’, cuando el ‘principio del placer’ ha dejado de regir mi comportamiento.

Pero sigamos el análisis de **Bruckner**, para tomar conciencia hasta qué punto estamos inmersos en un contexto que nos puede ofuscar, en el sentido de imposibilitar una maduración que no está asegurada, pero que debemos pretender:

- En resumen, apenas bautizada, la felicidad tropieza con dos obstáculos: se diluye en la vida ordinaria y se cruza en todas partes con el terco dolor. En ciertos aspectos, la Ilustración se propuso un objetivo desmesurado: estar a la altura de lo mejor que tiene el cristianismo. Robar a las religiones sus prerrogativas para hacerlo mejor que ellas, fue y sigue siendo el proyecto de la modernidad. Y las grandes ideologías de los dos últimos siglos (marxismo, socialismo, fascismo, liberalismo) tal vez sólo hayan sido sustitutos terrenales de las grandes

21 **P. Bruckner, La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 45-6

confesiones, para que la desdicha humana conservara un mínimo sentido, sin el cual sería sencillamente insoportable. Por lo tanto, la modernidad sigue obsesionada por lo mismo que pretende haber superado. Lo que había que abandonar y dejar atrás vuelve a angustiar a las generaciones actuales como lo harían un remordimiento o una nostalgia. Por eso como decía genialmente Chesterton, el mundo contemporáneo está “lleno de ideas cristianas que están locas”. La felicidad es una de estas ideas.²²

Importante observación: tanto ‘la Ilustración’ como el cristianismo, pretenden lo mismo. Quizás la diferencia esté en que el cristianismo no cae en la trampa de identificarla con el ‘disfrute’ en presente y lo convierta en un reto que siempre estará por venir (la Bienaventuranza de “los que lloran”, pone el remedio en futuro: “serán consolados” y sin embargo ‘es’ bienaventuranza), es decir, que me abre a la búsqueda y la responsabilidad, que es lo mismo que asumir el ‘principio de realidad’ para poder hacerme cargo de dicha realidad.

Pero lo que estaba llamado a ser la tarea irrenunciable de cada uno, se convierte en ‘ley’. Veamos la aguda observación de **Bruckner**:

- ¿Mediante qué perverso mecanismo un derecho trabajosamente adquirido (a ser feliz) se convierte en ley y la prohibición de ayer es la norma de hoy? El motivo es que toda nuestra religión de la felicidad tiene como motor la idea de dominio: somos dueños tanto de nuestro destino como de nuestras alegrías, capaces de crearlas o invocarlas a placer. Así, la felicidad entra en la lista de las hazañas prometeicas, junto con la técnica y la ciencia; deberíamos producirla y exhibirla. De ello da fe toda una nebulosa intelectual en el transcurso del siglo XX que repite de mil maneras un credo idéntico: la satisfacción es cuestión de voluntad.²³

La trampa de este cambio está en que ya se empieza a identificar felicidad con satisfacción y ésta, como es constatable, es cuestión de ponerse a la obra embarcándose en ‘hazañas prometeicas’ que, como el término indica, no se pueden alcanzar. Convertir en ‘ley’ lo que debe ser un don y una sorpresa (la felicidad), como nos dirá más adelante el propio Bruckner, es una de las torpezas más paralizadoras y frustrantes en la que podíamos caer. Pero su análisis plantea interrogantes que coinciden con el nuestro: ¿hasta qué punto el contexto en el que estamos facilita el desarrollo ‘correcto’ de nuestra sexualidad?:

- Sin embargo nuestro fin de siglo, siguiendo una tendencia ya observada en el siglo XIX, ha puesto la libertad al servicio de la felicidad y no a la inversa, y ha visto en esta última la apoteosis de toda una trayectoria emancipadora. Ya lo dijo Benjamin Constant, que definía la libertad de los modernos como “la seguridad de los placeres privados” y la preocupación desmesurada por la independencia individual. Durante mucho tiempo los hombres opusieron el ideal de la felicidad a la norma burguesa del éxito; y ahora esa misma felicidad se ha convertido en uno de los ingredientes del éxito.²⁴

Si el ‘principio del placer’, que en la infancia se manifiesta en el ‘autoerotismo’, está llamado a superarse, ¿qué motivaciones tiene para hacerlo si la incipiente libertad (llamada a regir el ‘principio de realidad’) está al servicio de la felicidad y ésta consiste en “la seguridad de los placeres privados”? Más aún, si todo esto lleva (lógicamente, por otro lado) a una exacerbación de ‘la independencia individual’, ¿no será un reforzamiento del ‘autoerotismo’?

22 **Ibidem**, pp 47-48

23 **Ibidem**, p 51

24 **Ibidem**, p 55

En efecto, veamos cómo prosigue dos páginas después:

- La liberación de las costumbres es una extraña aventura, y por bien que la conozcamos no nos cansamos de repetirla, de saborear su amargo retorno. Durante siglos el cuerpo fue reprimido y aplastado en nombre de la fe o de las conveniencias hasta el punto de llegar a ser, en Occidente, el símbolo de la subversión. Pero una vez liberado se produjo un extraño fenómeno: en lugar de disfrutar con toda inocencia, los hombres transfirieron la prohibición al seno del placer. Éste, ansioso de sí mismo, ha erigido su propio tribunal y se condena, ya no en nombre de Dios o del pudor, sino de su insuficiencia: nunca es lo bastante fuerte, lo bastante adecuado. La moral y la felicidad, antaño enemigos irreductibles, se han fusionado; lo que actualmente resulta inmoral es no ser feliz, el superego se ha instalado en la ciudadela de la Felicidad y la gobierna con mano de hierro. Es el fin de la culpabilidad en provecho de un eterno tormento. La voluptuosidad ha pasado de ser una promesa a ser un problema. El ideal de la plenitud sucede al de la obligación para convertirse a su vez en obligación de plenitud.²⁵

Aguda y exacta observación que expresa, hasta qué punto, el contexto que nos rodea dificulta la tarea que ha de llevar a cabo el niño para superar el autoerotismo del que parte. Sin coincidir completamente en la generalizada formulación de que ‘durante siglos el cuerpo fue reprimido y aplastado en nombre de la fe’, dicha ‘liberación’ no generó, al parecer, lo que en principio se pretendía. En efecto, es lo que ya apuntaba en la cita anterior (‘la libertad al servicio de la felicidad’), pero que ahora abiertamente da la cara: el placer constituido en exigente tribunal de sí mismo ha llevado a cabo una impensable fusión: moral y felicidad.

Con la expresividad y precisión que caracteriza a nuestro autor, resaltemos cómo describe el alcance de dicha fusión: *lo que actualmente resulta inmoral es no ser feliz, el superego se ha instalado en la ciudadela de la Felicidad y la gobierna con mano de hierro*. La formulación no puede expresar con más exactitud nuestra problemática. Si, como Freud planteaba, la superación del ‘complejo de Edipo’ culmina en el ‘Super-ego’, ahora resulta que éste se instala (¡y con mano de hierro!) ‘en la ciudadela de la Felicidad’. Si dicha felicidad se identifica con el logro de un placer que ‘nunca será lo bastante fuerte ni adecuado’, ¿cómo va a poder plantearse, siquiera, la superación del autoerotismo (‘principio del placer’), si el encargado (el ‘Super-ego’) se identifica con el placer?

De mayor alcance aún son las consecuencias de este planteamiento: *Es el fin de la culpabilidad en provecho de un eterno tormento. La voluptuosidad ha pasado de ser una promesa a ser un problema*. En vez de una ‘culpabilidad’ que nos interpela y responsabiliza, hemos entrado en una dinámica sin techo que nos amarga y que hemos convertido en *obligación de plenitud* de una satisfacción insaciable (*voluptuosidad*) que se traduce en tormento. ¡En nuestro tiempo nos quejamos más que nunca! ¿Facilita esta situación la evolución de la ‘sexualidad infantil’ cuando lo que hay que superar se convierte en exigencia?

Y para finalizar este tomar conciencia de la situación en la que estamos y nos afecta (nos guste o no, la aceptemos o no), tomemos conciencia del panorama en el que nos encontramos al convertir la ‘felicidad’ en obligación:

- La felicidad ya no es la suerte que se cruza en nuestro camino, un momento fasto ganado a la monotonía de los días: es nuestra condición, nuestro destino. Cuando lo deseable se convierte en posible, se integra de inmediato en la categoría de lo necesario. Con increíble rapidez, lo que ayer era edénico se transforma en lo que hoy es corriente, una moral que impregna la vida cotidiana y deja tras de sí un gran número de derrotados y vencidos. Porque hay una

25 **Ibidem**, p 57

redefinición de la condición social que no solamente responde a la fortuna o el poder, sino a la apariencia... Lo que nos gobierna, lo que la publicidad y las mercancías sostienen con su alegre embriaguez, es toda una ética basada en parecer a gusto consigo mismo.

“Convírtase en su mejor amigo, gane su propia estima, piense en positivo, atreva a vivir en armonía, etc.”: la multitud de libros publicados sobre el tema hace pensar que no se trata de un asunto tan sencillo. No sólo la felicidad constituye, junto con el mercado de la espiritualidad, la mayor industria de la época, sino que es también, y con la mayor exactitud, el nuevo orden moral: por eso prolifera la depresión, por eso cualquier rebelión contra este pegajoso hedonismo invoca constantemente la infelicidad y la angustia. Somos culpables de no estar bien, un mal del que tenemos que responder ante todos los demás y ante nuestra jurisdicción íntima. ¡Pensemos en esos sondeos dignos de los antiguos países del bloque comunista en los que las personas interrogadas por una revista dicen ser un 90 % feliz!²⁶

Panorama desolador y ficticio. Si convertimos en obligación lo que está llamado a ser un don, una sorpresa, la angustia y la frustración están aseguradas. En el fondo, desde la perspectiva que nos ocupa, esta situación es consecuencia de lo que muy bien podríamos considerar como la ‘fijación’ de una sexualidad infantil, centrada en el autoerotismo (‘principio del placer’). Si la situación que nos rodea ha hecho posible que ‘lo deseable sea posible’, *se integra de inmediato en la categoría de lo necesario*. A partir de este punto, todo se desencadena: *lo que ayer era edénico se transforma en lo que hoy es corriente, implantando una ética basada en parecer a gusto consigo mismo*, porque de no conseguirlo, *somos culpables de no estar bien, un mal del que tenemos que responder ante todos los demás y ante nuestra jurisdicción íntima*. No pasa de ser una autocomplacencia vacía e insatisfecha, incapaz de afrontar la realidad.

Para terminar este epígrafe, leamos la descripción que **Ortega y Gasset** hace sobre el hombre-masa, a comienzos de los años treinta en un libro premonitorio, **La rebelión de las masas**:

- (diagrama psicológico del hombre-masa actual): la libre expansión de sus deseos vitales -por lo tanto, de su persona- y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado... Heredero de un pasado larguísimo y genial -genial de inspiraciones y de esfuerzos-, el nuevo vulgo ha sido mimado por el mundo en torno. Mimar es no limitar los deseos, dar la impresión a un ser de que todo le está permitido y a nada está obligado. La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines. A fuerza de evitarle toda presión en derredor, todo choque con otros seres, llega a creer efectivamente que sólo él existe, y se acostumbra a no contar con los demás, sobre todo a no contar con nadie como superior a él. Esta sensación de la superioridad ajena sólo podía proporcionársela quien, más fuerte que él, le hubiese obligado a renunciar a un deseo, a reducirse a contenerse... Estas masas mimadas son lo bastante poco inteligentes para creer que esa organización material y social, puesta a su disposición como el aire, es de su mismo origen, ya que tampoco falla, al parecer, y es casi tan perfecta como la natural.²⁷

Descripción perfecta de la situación a la que hemos llegado como la del ‘niño mimado’, que al ahorrarle todo tipo de realidad, queda fijado en su narcisismo originario, sin posibilidad de salir del aislamiento que provoca una situación como ‘natural’. El papel que los padres (origen del llamado ‘complejo de Edipo’) han de llevar a cabo sobre un mundo de fantasía que no tiene salida, al parecer no se da en este contexto: *Esta sensación de la superioridad ajena sólo podía proporcionársela quien, más fuerte que él, le hubiese obligado*

26 **Ibidem**, p 58

27 **José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas**, Ed. Austral, pp 113-114

a renunciar a un deseo, a reducirse a contenerse [¿los padres?].... ¿Hay posibilidad en este contexto de que una sexualidad infantil madure?

C b – Periodo de latencia: formación de diques para la sexualidad: vergüenza, repugnancia y moral.[13-16] [28-29]

Pieza clave en la concepción freudiana de la sexualidad humana y que, como todo en él, se apoya en la más rigurosa observación. Pero ¿tiene este ‘periodo’ sentido hoy día? ¿Podemos decir que se da? Si no se da ¿es porque no se posibilita? Y esta desaparición ¿podemos considerarla un avance o más bien se convierte en un problema?... Y así podríamos seguir haciéndonos preguntas.

Desde luego, la impresión que tengo es que ni siquiera se alude a dicho periodo entre los ‘especialistas’. Y cuando algo no es ni nombrado es porque ha dejado de estar presente. En realidad, analizando los cambios que nuestra sociedad ha experimentado y con la rapidez que lo ha hecho, uno se pregunta si se dan las condiciones para que esta etapa se dé. En efecto, ella está ligada al conflicto decisivo del ‘complejo de Edipo’. Dada la crisis por la que la familia pasa (su inestabilidad-provisionalidad y su falta de autoridad) ¿puede suscitar la actual realidad familiar, un tanto difuminada, unas reacciones tan enérgicas y contradictorias como son las del complejo de Edipo? Si el resultado de esta situación se redujese a ahorrarnos un periodo tan convulsivo, ¡bendito sea Dios! El problema es que dicho conflicto está llamado a superarse, y de dicha superación surgen, al parecer, logros decisivos para el futuro del sujeto, sin los cuales el ser humano carecería de unos recursos imprescindibles para afrontar la realidad. Si dichos logros ‘se cocinaban’ en el llamado periodo de latencia, su desaparición debe preocuparnos.

Es decir, si dicho periodo no se da, ¿ha surgido algo equivalente?²⁸ Porque el problema que se nos plantea es que si Freud dio a este periodo un alcance tan decisivo (toda la cultura va a pender de las transformaciones que en él se dan), ¿qué posibilita hoy dichas transformaciones? En efecto, en dicho periodo Freud percibió que se formaban unos ‘diques’ que, no sólo superaban una sexualidad infantil inservible en cuanto ‘autoerótica’ para dar paso a la sexualidad ‘aloeerótica’ de la pubertad, sino que, a través de ellos (la **vergüenza**, la **repugnancia** y la **moral**), dinámicas inservibles de nuestra etapa infantil eran superadas, y el ser humano se capacitaba para afrontar una realidad llamada a transformarse, cuyo conjunto de retos constituyen lo que denominamos cultura, civilización.

No es cuestión de plantearnos si la concepción freudiana (teórica) en su conjunto es verdad, sino algo más serio: los ‘logros’ que alcanzaba este periodo (del que ahora no se habla) ¿se consiguen por otros medios, o han desaparecido?, y ¿algunos de ellos los echamos de menos!

Dada esta situación, el problema que se nos plantea es el siguiente: ¿en qué puede consistir la confrontación que pretendemos en esta segunda parte de nuestro trabajo? Si el ‘periodo de latencia’ está en entredicho y su desaparición puede ser un hecho, ¿con qué realidad nos confrontamos? Pero si los efectos de dicho periodo, según Freud, eran tan palpables, a lo mejor podemos comprobar si en la ‘cultura’ que nos ha tocado vivir echamos de menos los ‘diques’ que dicho periodo nos posibilitaba. Desde este planteamiento, las aportaciones podrían ser muchas, pero voy a reducirlas a dos.

28 ¿La “Educación para la ciudadanía”? Pero a lo mejor llegamos tarde. ¿No dice Freud que podemos llegar tarde, pues el instinto sexual, una vez alcanzada su ‘madurez’, difícilmente es educable?

Y la primera va a ser de **Ortega y Gasset**, con sus percepciones premonitorias:

- “Esta es la cuestión: Europa se ha quedado sin moral. No es que el hombre-masa menosprecie una anticuada en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral ninguna. No creáis una palabra cuando oigáis a los jóvenes hablar de la “nueva moral”. Niego rotundamente que exista hoy en ningún rincón del continente grupo alguno informado por un nuevo ethos que tenga visos de una moral. Cuando se habla de la “nueva”, no se hace sino cometer una inmoralidad más y buscar el medio más cómodo para meter contrabando.

Por esta razón, fuera una ingenuidad echar en cara al hombre de hoy su falta de moral. La imputación le traería sin cuidado, o, más bien, le halagaría. El inmoralismo ha llegado a ser de una baratura extrema, y cualquiera alardea de ejercerlo.

Si dejamos a un lado -...- todos los grupos que significan supervivencias del pasado -los cristianos, los “idealistas”, los viejos liberales, etc.-, no se hallará entre todos los que representan la época actual uno solo cuya actitud ante la vida no se reduzca a creer que tiene todos los derechos y ninguna obligación. Es indiferente que se enmascare de reaccionario o de revolucionario: por activa o por pasiva, al cabo de unas u otras vueltas, su estado de ánimo consistirá decisivamente en ignorar toda obligación y sentirse, sin que él mismo sospeche por qué, sujeto de ilimitados derechos...

... no cabe ennoblecer la crisis presente mostrándola como el conflicto entre dos morales o civilizaciones, la una caduca, la otra en albor. El hombre-masa carece simplemente de moral, que es siempre, por esencia, sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación. Pero acaso es un error decir “simplemente”. Porque no se trata sólo de que este tipo de criatura se desentienda de la moral. No; no le hagamos tan fácil la faena. De la moral no es fácil desentenderse sin más ni más. Lo que con un vocablo falto hasta de gramática se llama amoralidad es una cosa que no existe. Si usted no quiere supeditarse a ninguna norma, tiene usted, *velis nolis*, que supeditarse a la norma de negar toda moral y esto no es amoral, sino inmoral. Es una moral negativa que conserva de la otra la forma en hueco.

¿Cómo se ha podido creer en la amoralidad de la vida? Sin duda, porque toda la cultura y la civilización modernas llevan a ese convencimiento. Ahora recoge Europa las penosas consecuencias de su conducta espiritual. Se ha embalado sin reservas por la pendiente de una cultura magnífica, pero sin raíces.

... El hombre-masa está aún viviendo precisamente de lo que niega y otros construyeron o acumularon...²⁹

Si Ortega y Gasset veía a Europa a comienzos de los años treinta ‘sin moral’, dado el fenómeno del hombre-masa, ¿qué no diría ahora de un hombre abrumado por unos ‘*mass media*’? Si entonces, lo que lo generaba era lo que él denominaba un *politicismo integral*, hoy, que el ciudadano se siente tan lejos de la política (hemos pasado al extremo opuesto, lo único que nos queda es ‘indignarnos’ que se parece más bien a la rabieta del niño), lo que genera es una ‘opinión pública’, garantizada por unos medios de comunicación que, gracias a avances técnicos impensables, nos masifican sin salir de nuestra habitación. Pero curiosamente, Ortega intuía algo amenazador, que nosotros ni tomamos conciencia de ello, quizá porque dicha amenaza nos ha engullido:

- ... La vieja democracia vivía templada por una abundante dosis de liberalismo y de entusiasmo por la ley... Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos... Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café...³⁰

29 **Ibidem**, pp 226-229

30 **Ibidem**, p 79

En efecto, esta masificación, provocada hoy día por unos *mass-media* que la hacen posible, ha desembocado en lo que él, con una intuición que nosotros consideraríamos ‘incorrecta’, define como **hiperdemocracia**: esa posibilidad de que la masa actúe directamente (yo no diría ‘sin ley’, sino ‘al margen de la ley’), para ‘imponer y dar vigor de ley a sus tópicos...’ Si esto se lleva a cabo sin apenas ser conscientes de ello y no precisamente por unas malévolas intenciones manipuladoras, sino por algo mucho más peligroso: por los logros que la técnica de los medios de comunicación ha alcanzado (hacer presente al instante y universalizar cualquier información). Hoy podemos ir adaptando la ‘ley’ a nuestros caprichos: con una buena campaña de ‘mentalización’ (en la que nadie piensa sino digiere), podemos llegar al **consenso**, siempre susceptible de adaptaciones a las conveniencias y apetencias de cada momento, sustituyendo a lo que siempre se denominó **moral**, que nos interpelaba porque estaba por encima de nosotros, y que posibilitaba la **conciencia**.

Para adaptarnos al ‘consenso de turno’ (¡los consensos son ‘de turno’!) no necesitamos ninguna ‘moral’, ya nos irá programando ese inapelable concepto de lo **correcto**, que nos imponemos con una contundencia que ya querrían haber tenido los dictadores de la historia. La ‘corrección’ actúa desde dentro, mientras cualquier método dictatorial siempre actuaba desde fuera. No podemos disentir de ‘lo correcto’ porque ‘me borran’ de la lista, y nadie quiere verse borrado. ¡No necesitamos la moral! (que Freud considera que está llamada a interiorizarse). El **estado de derecho** vela por nosotros que ya no tenemos nada que decidir y menos aún responsabilizarnos, porque todo se nos da elaborado. Pero, se nos puede argumentar, precisamente en eso consiste el ‘logro’ de la democracia, en que es cada individuo el que decide. Una vez más surge la pregunta: ¿qué es lo primero, el huevo o la gallina? ¿Es el individuo el que decide, o previamente se ha creado un ‘estado de opinión’ que me obliga a decidir lo que todo el mundo dice que es lo ‘correcto’?...

Pero pasemos al otro autor con el que queríamos confrontar el epígrafe que nos ocupa:
Gille Lipovetsky:

- Es a esa misma disolución del Yo a lo que apunta la nueva ética permisiva y hedonista: el esfuerzo ya no está de moda, todo lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata, como si se tratase de llevar a sus últimas consecuencias el diagnóstico de Nietzsche sobre la tendencia moderna a favorecer la “debilidad de voluntad”, es decir, la anarquía de los impulsos o tendencias y correlativamente, la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo [...]. Asociaciones libres, espontaneidad creativa, no-directividad, nuestra cultura de la expresión, pero también nuestra ideología del bienestar estimulan la dispersión en detrimento de la concentración, lo temporal en lugar de lo voluntario, contribuyendo al desmenuzamiento del Yo, a la aniquilación de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos. La falta de atención de los alumnos, de la que todos los profesores se quejan hoy, no es más que una de las formas de esa nueva conciencia *cool* y desenvuelta, muy parecida a la conciencia telespectadora, captada por todo y nada, excitada e indiferente a la vez, sobresaturada de informaciones, conciencia opcional, diseminada, en las antípodas de la conciencia voluntaria, “intra-determinada”. El fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: todo y ahora y no ya “per aspera ad astra”. “Disfrutad”, leemos a veces en las pintadas; no hay nada que temer, el sistema se encarga de ello, el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas.³¹

31 Gille Lipovetsky, **La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo**. Ed. Anagrama S.A., Barcelona, 2000, pp 56-7

No podemos olvidar que el logro que el periodo de latencia está llamado a posibilitar es el paso del autoerotismo al aloerotismo (como veremos en el epígrafe siguiente). Pues bien, asusta en esta descripción de Lipovetsky, que esa permanencia del ‘principio del placer’ (“ética permisiva y hedonista”, “culto al deseo y su realización inmediata”, “nuestra ideología del bienestar”, “Disfrutad”) genera una “anarquía de los impulsos o tendencias” y contribuye “al desmenuzamiento del Yo, a la aniquilación de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos”, es decir, “la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo”. Pero esto lleva a la pulverización del Yo “en tendencias parciales” lo cual provoca un aislamiento y ensimismamiento “que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas”, es decir, a dificultar la superación del ‘autoerotismo’, lo cual imposibilita la ‘socialidad’.

L La realidad que aquí se nos describe ¿es ficticia? Y si no lo es, ¿debe dejarnos indiferentes, o preocupados? Y si preocupados, tendremos que preguntarnos por sus causas. ¿Habría que tomar en serio este periodo, y no dejarlo esfumarse en una inconsciencia ‘permisiva y hedonista’? Esto es lo que pretendemos con estas confrontaciones: que tengamos datos para pensar.

C c – Adulta: paso del autoerotismo al **aloerotismo**: amor a un objeto y subordinación de todas las zonas erógenas a la primacía de los genitales, al servicio de la reproducción [19 y 26]

En realidad esta etapa vamos a ir la desmenuzando en los epígrafes siguientes, pero hay que admitir sin **ambigüedades** su indiscutible entidad e importancia. La siguiente cita de **Julián Marías** puede ayudarnos a tomar conciencia de su alcance:

- ... Sin duda al llegar a la pubertad, es decir, a la edad en que su condición sexuada es plenamente poseída, en que posee los recursos psicológicos y biológicos que realmente la actualizan. Entonces es cuando llega a ser *quien* es, cuando asume –o repudia- su infancia, cuando revalida sus “amores” de niño o reniega de ellos, cuando acontece su primera instalación personal en la vida. La realidad plena de la persona coincide con la inserción en el horizonte de la condición amorosa intersexuada, a la luz de la cual se ordenan y adquieren significación biográfica todas las demás realidades “afectivas”. Significa el paso a otro orden de magnitud o, si se prefiere, a otra cualidad...³²

El alcance que Julián Marías da a esta etapa no se limita sin más a la dimensión estrictamente biológica, sino que dada la ‘condición sexuada’ del ser humano, supone algo cualitativo: “cuando acontece su primera instalación personal en la vida”. Este subrayar la condición “intersexuada” a la que se llega en la pubertad, con la “significación biográfica” que esto supone al abrirse a “las demás realidades ‘afectivas’”, confirma lo que afirma al comienzo: la pubertad es “la edad en que su condición sexuada es plenamente poseída”. Importante constatación, pues sólo entonces, se puede hablar de un paso real del autoerotismo de la primera etapa al aloerotismo en que debe culminar este proceso. En efecto, en el ‘autoerotismo’ uno es poseído **por** su sexualidad, pero ésta está llamada a ser cauce de expresión de la persona en cuanto tal, es decir, **desde** su condición sexuada puede salir de sí.

Pero esta nueva realidad a la que se accede en la pubertad está llamada a ser la raíz de todos los demás ‘amores’ (coincidiendo de este modo con Freud). Veamos cómo lo formula:

32 **Julián Marías**, *Antropología metafísica*, Alianza editorial, Madrid 1983, p 161

- ... Sin duda hay formas de amor distintas de éste (amor intersexual), y que pertenecen también a la condición amorosa del hombre. Pero creo que es un error radical partir de ese amor genérico e indiferenciado, que puede aplicarse a la relación entre padres e hijos, hermanos, amigos, incluso a la música, la ciencia o la patria, y tratar luego de buscar la diferencia específica del amor en sentido estricto, el amor que he llamado intersexuado o heterosexual, el amor entre hombre y mujer *como tales*. Que este amor sea una especie de aquel género, esto es precisamente lo que habría que probar. Yo pienso más bien que todos los “amores” son formas biográficas derivadas del amor en sentido estricto, realidades humanas cuya última raíz está en la posibilidad del amor en el riguroso sentido del término.³³

“El amor heterosexual, el amor entre hombre y mujer *como tales*”: éste será el referente último. ¿No se da la misma concepción en el AT?: el referente es el amor entre un hombre y una mujer.

Pero veamos cómo alude de nuevo en la misma obra a esta culminación del proceso sexual:

- El niño, cuya realidad es intrínsecamente inmadura, que todavía no es —...—, sin embargo es con desusada plenitud; le corresponde cierta “sustantividad” bien evidente, que por otra parte, en forma no fácil de determinar, pervive a todo lo largo de la biografía: seguimos siendo, y en dosis insospechada, el niño que hemos sido. Pero ya hemos visto en otro contexto que el niño no es aún la persona que va a ser (los padres no saben *quién* va a ser ese niño). Sólo se sabe — se empieza a saber— cuando la condición sexuada alcanza la madurez de la plenitud sexual: en la pubertad. Por eso el joven es siempre insolidario del niño de quien le hablan y que quizá recuerda: no es evidente que “él” sea ese niño. Por eso tiene que “revalidar” sus amores, sus amistades, sus devociones, sus creencias infantiles, y en buena parte lo rechaza, por lo menos provisionalmente; por eso digo que los tiene que revalidar...³⁴

“...sólo se sabe cuándo la condición sexuada alcanza la madurez de la plenitud sexual: en la pubertad”. Con más contundencia y claridad no puede decirse. Más aún, tiene que rehacerse toda la vida hasta el punto de tener que ‘revalidar’ todo lo recibido. Podemos hacernos cargo de nuestra realidad en la medida en que nuestra sexualidad deja de estar centrada en nosotros mismos (autoerotismo) y toda esa energía nos dinamiza (no nos domina) pudiendo disponer de ella para ponernos en juego y poder darnos como totalidad (¡como personas!).

¿Y por qué se da esta plenitud en el ‘autoerotismo’? Quizás porque sólo entonces toma conciencia de su incompletitud, lo cual le lleva a salir de sí necesariamente, rompiendo con la seguridad meramente pasiva de la niñez, que recoge Génesis 2 y que **Benedicto XVI** expresa con precisión de su encíclica *Deus caritas est*:

- En la narración bíblica no se habla de castigo; pero sí aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse “completo”... : “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (**Gn 2, 24**)³⁵

En efecto, sólo la condición sexuada nos hace tomar conciencia de que somos como totalidad

33 **Ibidem**, pp 160-1

34 **Ibidem**, p 184

35 **Benedicto XVI**, *Deus caritas est*, n° 11.

incompletos y nos abre con una fuerza globalizante (sentimos que nos ponemos en juego como totalidad) a lo que nos falta y está llamado a completarnos.

Una vez que hemos referido estas etapas, conviene pararse en la dinámica que encierran. Todo es proceso: hasta el periodo de latencia (que experimentamos como un frenazo) apunta a posibilitar dicho proceso. Pues bien, empecemos por resaltar la característica nuclear de dicho proceso, que hemos sintetizado en ese paso del 'principio del placer' al 'principio de realidad'.

C. Interpelaciones personales:

¿Encuentro esta problemática a mi alrededor? ¿Explica algunas cosas que veo?

¿Hasta qué punto he madurado? ¿He pasado del 'autoerotismo' al 'aloerotismo'? ¿Hasta qué punto tengo que salir de mí mismo, hasta qué punto, desde mi sexo, me encuentro incompleto!